

## LOS NUEVOS ESCENARIOS DE LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

(en el 40 aniversario de la Constitución Conciliar “Gaudium et Spes”)

**LA IGLESIA, SACRAMENTO Y SERVICIO:  
necesidad de nuevos análisis y nuevas síntesis**

**Pedro Jaramillo Rivas,  
Vicario General de Ciudad Real**

### INTRODUCCIÓN

Mi acercamiento a Gaudium et Spes, para descubrir en ella la dimensión “diaconal” de la Iglesia con relación a la sociedad, es marcadamente pastoral.

El esquema XIII, cuyo desarrollo conciliar desemboca en Gaudium et Spes, surge cuando se abrió paso la idea (proveniente del Cardenal Suenes, apoyado por el Cardenal Montini) de estructurar el tratamiento sobre la Iglesia de una manera bipartita: de la Iglesia “ad intra” y ad “extra”, de su naturaleza/misión y de su relación con el mundo. Fue esta decisión la que dio origen a las dos constituciones sobre la Iglesia: la que mira más a ella misma (Lumen Gentium) y la que presenta la relación de su misión con el mundo contemporáneo (Gaudium et Spes). Hay que subrayar, sin embargo, que no son dos tratados sobre la Iglesia, sino dos dimensiones de la única e indivisible Iglesia de Jesús, destinada a ser **sacramento de salvación** para todos los hombres.

Gaudium et Spes no es, en efecto, un corolario pastoral de Lumen Gentium. El “**ser para**”, que define la naturaleza misma de la Iglesia, su dimensión encarnatoria y su fuerza soteriológica, pedía a los padres conciliares un esfuerzo para definir esa **alteridad eclesial** en un mundo sustancialmente cambiado respecto a tiempos anteriores. Si el “**ser para**” define la naturaleza misma de la misión (“por nosotros los hombres y por nuestra salvación”), una vez presentado el **desde donde**: “desde la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, era necesario profundizar también en la naturaleza misma de esa alteridad y en el término de su destino: el hombre contemporáneo, destinatario, hoy, de la misión evangelizadora de la Iglesia. La **contemporaneidad** de la misión.

La contemporaneidad es esencialmente un término dinámico. Lo fue en el período conciliar respecto al tiempo pasado (había que responder a los “cambios rápidos y profundos”), y lo es, hoy, respecto al período conciliar (qué ha cambiado en la sociedad desde los tiempos del Concilio. En el estudio de esos cambios sois vosotros técnicos, por lo que, sin duda, el debate de hoy puede ser especialmente rico). Pero es, o debe ser, permanente la actitud eclesial de tener los ojos y el corazón abiertos a los **signos de los tiempos**. Esta actitud permanente hace que la misión de la Iglesia sea encarnada y significativa en cada uno de los momentos cambiantes de la historia del hombre. Sin esta atención vigilante, bien pudiera ocurrir que la pastoral, que es la concreción en el aquí y el ahora de la “alteridad eclesial”, dé la impresión de estar gestionando dimensiones de la vida del hombre de escasa incidencia e impor-

tancia respecto a los que son sus verdaderos centros vitales de interés. (**Quizás apunte ya aquí uno de los cambios importantes de la relación Iglesia/sociedad respecto al momento del Concilio. La sociedad de hoy, en efecto, no vería con malos ojos a una Iglesia, gestora de dimensiones religiosas, absolutamente privadas, que nada tienen que ver con las “auténticas” cuestiones que le afectan en el pragmatismo de su vida).**

Es verdad que el anuncio del evangelio comporta una ampliación y profundización de estos centros de interés, y que la evangelización no se reduce a ser respuesta a las preguntas humanas. El Evangelio está llamado, en efecto, a introducir preguntas nuevas, que el hombre nunca se hubiera hecho sin su fuerza iluminadora, o las hubiera sólo presentado a tientas. Pero esta verdad no dispensa nunca de la tarea de un acompañamiento empático, de modo que, ampliada y renovada la pregunta, desde la fuerza del Evangelio, la respuesta ofrecida caiga en la tierra buena (un corazón inquieto y buscador) que da el ciento por uno. El malestar evangelizador de estar dando respuestas a preguntas que nadie se hace es correlativo, a veces, a la situación de muchos evangelizadores, muy bien reflejada por el autor de un poster de los años 80, que a un aburrido y desganado mono le hacía decir: “ahora que me sé la respuesta, se me olvidó la pregunta”

Yo creo que la entraña fundamental de Gaudium et Spes tiene que ver precisamente con el **refrescamiento de la pregunta**, para que la evangelización no sea un diálogo de sordos. El **carácter dialogal de la revelación y la fe**, puesto de relieve por Dei Verbum, es el único camino para una evangelización del tipo entrevisto en Evangelii Nuntiandi; aquella que no se queda en un barniz superficial, sino que llega a afectar a los criterios de juicio y a los centros de interés; es decir, a aquel nivel en el que el hombre opta por su realización personal y social. El agravamiento de la sordera personal e institucional, puesto de manifiesto en el aumento de la indiferencia religiosa y la desafección eclesial de nuestros días (**otro cambio social de envergadura**), no puede conducirnos a una “evangelización de respuestas” que deje intocadas las preguntas. Es necesaria una “evangelización de la pregunta”, aunque la tarea se nos presente, hoy, con dificultades añadidas. De lo contrario, estaremos ante una “evangelización marginal”, a pesar de que sociológicamente el número cuente a nuestro favor y el nuevo despertar religioso nos produzca un espejismo acríptico (**otro aspecto del cambio socio-religioso que sería preciso profundizar: la posible “acomodación” de la evangelización al “revival religioso”, con toda la debilidad y privacidad que conlleva**).

A mi modo de ver, la “praeparatio evangelica” se juega, hoy, más que nunca, en el campo de la **antropología**. Por eso, es de palpitante actualidad la primera parte de Gaudium et Spes; y, de extremada urgencia, la recuperación, si es que lo hemos perdido, de la actitud de mirada serena, amorosa, esperanzada y crítica al hombre de hoy como “posible oyente de la Palabra”. El mejor y más autorizado intérprete del estilo de servicio al mundo y a la sociedad contemporánea que la Iglesia buscaba con toda sinceridad y que se manifestó en el así llamado **giro conciliar**, especialmente evidente en Gaudium et Spes, fue el mismo Pablo VI. Al hilo de los discursos que jalonaron los principales momentos del Concilio, el Papa fue mostrando, motivando y estimulando la “pa-

sión antropológica” que debía inspirar los trabajos conciliares, y fue dibujando la misión de una Iglesia “extro-vertida”, con conciencia teórico-práctica de estar implantada en la historia “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”, a imitación de la misión de su Maestro. Nos será muy útil recordar algunas de aquellas intuiciones y propuestas de nuevo estilo, avanzadas por Pablo VI. En lo que tienen de actitud permanente, más allá de los cambios de situación cultural (***tarea de nuestro debate será descubrir y profundizar en esos cambios***), son una inagotable fuente de inspiración y frescura para una pastoral al servicio de la salvación de los hombres.

## I. LA IGLESIA Y EL MUNDO: UNA RELACIÓN INTRÍNSECA

El mundo no es extrínseco a la Iglesia, ni el servicio que ésta le debe, la aparta de su finalidad religiosa. Pablo VI tuvo que defender al Concilio de la acusación de unos y de la sospecha de otros de haber caído en el antropocentrismo. Quería Pablo VI que el Concilio fuera recordado en la historia de la Iglesia como un **acto de amor**. “¿Qué cosa hacía en aquel momento la Iglesia católica? –hace el Papa preguntarse a quienes ya vamos estando cronológicamente distantes del período conciliar- ¡Amaba! será la respuesta. Amaba con corazón pastoral”. Un amor amplio y universal, no limitado a la familia de la fe: “El amor que anima nuestra comunión –añadía- no se aparta de los hombres, no nos hace exclusivistas ni egoístas... Nosotros nos sentimos responsables de toda la humanidad”. Percibía ese amor como una fuerza centrífuga, impulsora de la misión: “La Iglesia en este mundo no es un fin en sí misma; está al servicio de todos los hombres... ¿Dejaremos de advertir que este Concilio es revelador para la misma Iglesia de una más plena y profunda conciencia de las razones de su existencia, que son las misteriosas razones de Dios que *amó al mundo* (Jn 3,16), y de las razones de su misión, siempre rica en fermentos renovadores y vivificantes para la humanidad?”.

La visión del mundo que estaba dibujando el Concilio, no podía quedarse en simple análisis de hechos, reclamaba implicación interior: “El Concilio ofrece a la Iglesia la visión panorámica del mundo, ¿Podrá la Iglesia, podremos nosotros, hacer otra cosa que mirarlo y amarlo (cfr Mc 10,21). Ahora y, sobre todo, amor; amor a los hombres de hoy como son y donde están, a todos... El Concilio es **un acto solemne de amor a la humanidad**. Que Cristo nos asista para que así sea de verdad”. Que no se trata de un amor ingenuo y simplista, aquel que ignora las dificultades y procede por puras corazonadas, lo recuerda Pablo VI, concluyendo estas reflexiones del discurso inaugural de la última sesión del Concilio, el 10 de septiembre de 1965: “el arte de amar se cambia con frecuencia en arte de sufrir. Así la Iglesia, ¿podrá desistir de su compromiso de amor por los riesgos y dificultades que se le opongan?”

En el memorable discurso de clausura, el 7 de diciembre de 1965, volvería Pablo VI a descifrar aún más esta relación amorosa del Concilio con el mundo y con la humanidad. En esta nueva relación había descubierto el Papa la entraña misma de todos los trabajos conciliares. No sólo de Gaudium et Spes, sino del conjunto del Concilio. Y es que, como dirá después en Evangelii Nuntiandi, toda la vida íntima de la Iglesia no tiene otro sentido que hacerla más apta para su misión evangelizadora, que tiene en el mundo su natural des-

tinatario.. Pero es lógico que Pablo VI tuviera en su mente el giro que había supuesto *Gaudium et Spes* en la relación de la Iglesia con el mundo, y las implicaciones que este giro suponía para el conjunto de la pastoral de la Iglesia.

Es importante la intención explícita, varias veces repetida, de religar la preocupación por el mundo al “significado religioso del Concilio”. Fruto de ese significado religioso fue el “vivo interés por el estudio del mundo moderno” “Tal vez –decía- nunca como en esta ocasión ha tenido la Iglesia necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea, y de seguirla, por decirlo así, de alcanzarla en su rápido y continuo cambio”. Consciente de que sociedad e Iglesia habían avanzado a distinto ritmo, constataba Pablo VI las mutuas distancias y rupturas de los últimos siglos y, particularmente, del siglo pasado y del presente. Tan decidida fue la intención global del Concilio de acortar las distancias y de suturar las rupturas que “pudo sugerir a algunos –constataba el Papa- la sospecha de que un tolerante y excesivo relativismo al mundo exterior, a la historia que pasa, a la moda actual, a las necesidades contingentes, al pensamiento ajeno, haya estado dominando a personas y actos del sínodo ecuménico, a costa de la fidelidad debida a la tradición y con daño de la orientación religiosa del mismo Concilio”.

Era la acusación de reduccionismo antropológico que antes, durante y después del Concilio, se lanzaba desde los ambientes más conservadores, aquellos que intentaron, incluso, abortar la *Gaudium et Spes*, por considerar que no era propio de un Concilio tratar de cuestiones contingentes e históricas, más propias de la pastoral que del ejercicio supremo de la doctrina, propio de los trabajos conciliares. Pablo VI, consciente de esta acusación, alza su voz a favor del entronque religioso de esta preocupación conciliar, retomando el tema del amor: “la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la de la caridad, y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación, cuando recordamos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos (cfr Jn 13,35)”.

## **II. EL INTERLOCUTOR NO SE INVENTA, SE RECONOCE Y SE ACOGE**

No pensaba Pablo VI en un hombre ideal, no era su diálogo una ficticia conversación con el hombre metafísico, inexistente en la realidad de la historia, ni era su idea la de un hombre intocado por el pecado y disponible, sin más, para entablar el diálogo con Dios y para acoger a una Iglesia que intenta hacerse próxima. Quienes piensan así, para escudarse tras la idealización y la falta de realismo del Papa, cambiarían de opinión al oírlo decir: “la Iglesia del Concilio se ha ocupado del hombre tal cual hoy se presenta: del hombre vivo, del hombre enteramente ocupado de sí, del hombre que no sólo se hace el centro de todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad. Todo el hombre fenoménico, es decir, cubierto con las vestiduras de sus innumerables apariencias, se ha levantado ante la asamblea de los padres conciliares, también ellos hombres, todos pastores y hermanos y, por tanto, atentos y amorosos; se ha levantado el hombre trágico con sus propios

dramas; el hombre superhombre de ayer y de hoy, y, por eso mismo, frágil y falso, egoísta y feroz; el hombre descontento de sí, que ríe y que llora; el hombre versátil, siempre dispuesto a declamar cualquier papel; y el hombre rígido, que cultiva solamente la realidad científica; el hombre tal cual es, que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre a la expectativa de algo, el *filius accrescens* (gn 49,22); el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza, por la piedad de su dolor; el hombre individualista y el hombre social; el hombre 'laudator temporis acti' y el hombre que sueña en el porvenir; el hombre pecador y el hombre santo".

No estamos frente a una idealización; estamos frente a una descripción con ciertos tintes dramáticos. No se inventa Pablo VI un interlocutor para poder entablar con él el diálogo con expectativa de éxito (***un nuevo tema que podría dar materia para el debate: la tendencia a "inventar" al interlocutor y la cultura que lo rodea, para no fracasar en el diálogo, olvidándose que el gran fracaso es el no tener delante un interlocutor real***). Lo describe tal cual es, porque es con ese hombre concreto con quien la Iglesia quiere establecer una relación nueva.

Tampoco se le ocultaba la cerrada dureza religiosa de un humanismo construido desde la conciencia de la necesaria negación de Dios como condición absoluta de posibilidad: "el humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en cierto modo, ha desafiado al Concilio". Se trataba, en efecto, de un gran reto. En la asamblea conciliar había aparecido el "hombre endiosado" que no quería reconocer al "Dios humanado". En la historia de las "distancias y rupturas", se había dado, en efecto, mucha deshumanización en aras de los derechos de Dios sobre el hombre, y mucha ignorancia –pretendida o supuesta- de la dimensión humanizadora de la vivencia religiosa cristiana. Pablo VI lo percibía como la confrontación de dos cosmovisiones radicalmente opuestas en la práctica: "la religión del Dios que se hace hombre se ha encontrado con la religión –porque tal es- del hombre que se ha hecho Dios". Un encuentro del que todo se podía esperar. La "horrible estatura" del humanismo ateo era impresionante. La expectativa de la agria confrontación entraba en la lógica de la distancia y la ruptura. Pero por parte de la Iglesia, "qué ha sucedido? ¿un choque, una lucha, una condena?" –se pregunta Pablo VI- "Podría haberse dado –se responde- pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo" (***Nuevo tema para el debate: ¿una Iglesia de la confrontación o una Iglesia samaritana? ¿Confrontación o dolor por la curación de las heridas?***).

### **¿Es posible el realismo?: el falso dilema optimismo/pesimismo**

En aras de esa simpatía penetrante e inmensa, la actitud del Concilio respecto al mundo y el hombre –reconoce Pablo VI- fue pretendidamente optimista. A la luz de la fe, el hombre aparecía ante los padres conciliares en su entera doble fisonomía de miseria y de grandeza. "Pero es preciso reconocer –afirma- que este Concilio se ha detenido más en el aspecto dichoso del hombre que en el aspecto desdichado. Su postura ha sido muy a conciencia optimista. Una corriente de afecto y admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo

moderno... El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de deprimientes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza; sus valores no sólo han sido respetados, sino honrados; sostenidos sus inmensos esfuerzos; sus aspiraciones, purificadas y bendecidas”. (***Tenemos aquí un nuevo punto para nuestro debate: ¿qué ha cambiado en el mundo para que la mirada al mismo tanga, hoy, tintes tan pesimistas. Dimensiones objetivas que alimentan ese pesimismo y dimensiones subjetivas.***)

La nueva actitud de la Iglesia con relación al mundo tiene en la mente y en los labios de Pablo VI una adecuada expresión en la categoría bíblica del **servicio**, de la **diaconía**: “toda esta riqueza doctrinal (la riqueza de las reflexiones conciliares) se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades. La Iglesia se ha declarado casi la sirvienta de la humanidad... La idea del servicio ha ocupado un puesto central”.

### III. UNA IGLESIA “PARA” LA HUMANIDAD

La idea de servicio en la relación Iglesia-mundo, lleva a Pablo VI a subrayar con vigor su carácter diaconal. Superando definitivamente la categoría de poder, asume el servicio evangélico como mediación específica de su relación con el mundo. Es lo que él llama “el valor humano del Concilio”. Y, recogiendo el desasosiego de muchos, se pregunta acerca de este valor humano: “¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna?”. La respuesta es tan matizada como clara: “Desviado, no; vuelto, sí”. Quizás nadie haya expresado mejor el luego llamado “giro conciliar”. Con sencillez, precisión y profundidad. En estos dos verbos se estaba dando razón de la nueva actitud de la Iglesia respecto al mundo y a la cultura contemporánea. Pero, ¿en virtud de qué daba el concilio esta vuelta? Responde el Papa: “este prevalente interés del Concilio por los valores humanos y temporales... se debe al carácter pastoral que el Concilio mismo ha escogido como programa”.

Llegado a esta conclusión, aflora de nuevo su preocupación por el entronque religioso de este prevalente interés antropológico conciliar. Parece como si le doliera en el alma la acusación de irreligiosidad que algunos habían lanzado contra los trabajos conciliares. Para refutarla, retoma de nuevo el tema de la caridad: “ese mismo interés no está jamás separado del interés religioso más auténtico, debido a la caridad, que es la única que lo inspira (y donde está la caridad allí está Dios)”. En la caridad encontraba el punto de unión de los valores humanos y temporales con los espirituales, religiosos y eternos. “Desde esta unión, afirmada y promovida por el Concilio –sostiene– éste se inclina sobre el hombre y sobre la tierra, pero se eleva al reino de Dios”. (***Un nuevo tema para el debate: ¿hasta qué punto, en la situación actual de la Iglesia y de la sociedad, hemos alcanzado un sentido de “lo religioso”, que no sea reductor, dejando fuera de su alcance el servicio al crecimiento de la persona humana?***)

La apuesta humanizadora del Concilio había sido un hecho. El hombre moderno había entrado en la conciencia de los padres conciliares que, siguiendo la vocación del Maestro, se situaron ante él no como Iglesia-señora, sino como Iglesia-sierva. Un nuevo humanismo que pedía ser reconocido: “vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferirle siquiera este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros –y más que nadie- somos promotores del hombre”. Un nuevo humanismo que, sacando su luz y su fuerza de la ciencia de Dios (“para conocer al hombre, al verdadero hombre, al hombre integral, es necesario conocer a Dios”) pedía a la mentalidad moderna, impregnada por el sentido de lo útil, el reconocimiento de su valor y la realidad de su convergencia en la apuesta por el hombre: “la mentalidad moderna... deberá admitir que el valor del Concilio es grande, al menos por esto: que todo se ha dirigido a la utilidad humana; por tanto, que no se llame nunca inútil una religión como la católica... que se declara toda ella a favor y en servicio del hombre. La religión católica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en una sola y humana realidad: la religión católica es para la humanidad; ella es la vida de la humanidad”.

La cuestión del antropocentrismo preocupaba a Pablo VI. El giro que suponía la insistente mirada amorosa al hombre inducía una nueva actitud pastoral en la Iglesia. Como a muchos les parecía una distorsión reductora, el Papa tiene mucho interés en dejar clara la progresión: humanismo, cristianismo, teocentrismo –hombre, Cristo, Dios-, pero con una fuerza singular, que hace del hombre elemento necesario para el mismo conocimiento de Dios: “nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre”. Y no sólo el conocimiento, también el amor a Dios pasa por el hombre: “enseñar a amar al hombre para amar a Dios”. De aquí “una potente y amistosa invitación a la humanidad de hoy a encontrar de nuevo a Dios por la vía del amor fraterno”. Late en esta apasionada invitación toda la vena bíblica que, arrancando de la tradición profética culmina en la Gran Convergencia de Dios con el hombre y del hombre con Dios, en la encarnación del Verbo; y tiene en la reflexión apostólica de la primera carta de Juan el exponente más cualificado de sus consecuencias prácticas para mantener unido lo que Dios nunca había separado: su propia causa y la causa del hombre.

#### **IV.- UN TEXTO CLAVE: EL CAPÍTULO IV DE GAUDIUM ET SPES**

Un buen conocedor del Concilio, el P. Chenu, dice que el cp. IV es “la clave” para poder entender toda la Gaudium et Spes. De hecho, quienes impugnaron este capítulo era porque, en el fondo, no estaban de acuerdo con el conjunto de la Constitución. La supresión del cp. IV habría significado, en efecto, “hacer caducar todo el esquema XIII”. Su impugnación significaba “ser refractarios a una concepción renacida y renovada de la Encarnación de Cristo en su dimensión total: recapitulación de la empresa humana y de la historia de la economía de la salvación” (**Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo**, en AA.VV. **La Iglesia en el Mundo de hoy, Studium, pgs. 381-382**). Es significativo que este capítulo lleve el mismo título que el conjunto de la Constitución. Sólo se le añade la palabra “misión”, sobreentendida en el título mismo de Gaudium et Spes. Estamos ante el que pudiéramos llamar “objeto formal” de

la Constitución; un capítulo que “por encima de las razones de conveniencia u oportunidad, determina la razón profunda, consubstancial, de la relación del pueblo de Dios y del género humano” (Ibidem, pg. 379).

Nada de extraño, por tanto, que sea en el capítulo IV donde el estilo se hace doctrina. En él se sientan los fundamentos doctrinales de la nueva relación Iglesia-mundo, en estrecha relación con *Lumen Gentium*: en este capítulo, **presupuesto todo lo que ha dicho el Concilio sobre el misterio de la Iglesia, va a ser objeto de consideración esta misma Iglesia en cuanto existe en este mundo y vive y actúa juntamente con él –cum eo ipso vivit et agit–** (40). “Manifestación clara del nivel doctrinal donde se establece *Gaudium et Spes*, que no es sólo una colección de aplicaciones pastorales de una Constitución previa, ni un resumen de ‘doctrina social’, sino verdaderamente una parte esencial de una identidad total única: la Iglesia es constitucionalmente, *por naturaleza*, como misterio continuado de la presencia de Cristo en la historia. Así es como la Iglesia está en el mundo de hoy” (Chenu, o.c., pg 381). Quede dicho para quienes la denominación “pastoral” con que se califica la presente Constitución significaría una “rebaja” global del conjunto de *Gaudium et Spes*. Es verdad que las realidades temporales a las que se aplican los principios (sobre todo, en la segunda parte) tienen aspectos cambiantes, pero es permanente la inserción de la Iglesia en la historia, su necesaria implicación en la misma, y el modo de presencia, que tiene en la encarnación del Verbo su referencia fundamental e ineludible.

### ***Una única historia (de salvación)***

No hay superposición de planos ni superposición de historias. “No hay dos misterios separados y superpuestos: un misterio de la creación de un ‘orden temporal’ y, luego, un misterio superpuesto de la redención en un orden sobrenatural. No hay, por una parte, mundo natural, y, por otra, Iglesia sobrenatural, como dos realidades competitivas... No hay, por una parte, construcción del mundo sin interés ni valor para el Reino; y, de otra, Reino de Dios sin interés ni utilidad en la construcción del mundo. No. Creación y Encarnación son comprendidas en una implicación recíproca. Porque la Encarnación redentora se realiza en esta total recapitulación de toda verdad, de todo bien, de todos los valores humanos; en el parto de la creación –cfr Rm 8,18-21” (Chenu, o.c., pg 383).

La creación y la historia reciben así un dinamismo de futuro de fuerte cuño cristológico: “El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones” (45). Abierta hacia el futuro, la historia no es repetición y retorno; es peregrinación y camino: “caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana” (45). El camino de la humanidad tiene meta; el parto de la creación tiene finalidad. Un “tirón escatológico” que entraña a la Iglesia en el corazón mismo de la historia humana, a sabiendas que “sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente la salvación” (40).



Pero conocer la meta no significa ignorar el camino, ni construir senderos al margen de los caminos de la historia de los hombres. No es sacándolo de la historia como la Iglesia pone al hombre en el camino hacia el fin; sino insertando en la historia misma una finalidad que, alcanzada, sobrepasa y sorprende a la misma historia. La salvación, esperada y gratuita, “no se opone al hecho de que la Iglesia avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su *razón de ser* es actuar como fermento y alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios”(84).

### ***Iglesia y mundo: ayuda mutua***

En el camino se reconocen los caminantes. Se reconocen y se ayudan. El camino es siempre lugar privilegiado de encuentro. Todo camino puede ser siempre experiencia de un Emaús renovado. Caminar juntos es condición para poder anunciar cumplimientos de metas juzgadas ilusas; caminar juntos es condición para poder tornar esperanzado el corazón encallecido por tanta frustración de vana espera. Sólo en el camino común hay reconocimiento, cuando se experimenta que es un mismo corazón el que se siente inflamado, porque Alguien explica el sentido de la historia, incluso cuando ésta aturde o desconcierta.

De su saberse en camino y peregrinación, deriva una doble conciencia para la Iglesia:

- ✓ La conciencia de “poder ofrecer una gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre y a su historia”
- ✓ La conciencia de que “el mundo puede ayudarle mucho y de múltiples maneras en la preparación del Evangelio” (40).

Los tres capítulos precedentes los había dedicado la Constitución al hombre y su dignidad de persona (cp. 1); a la sociedad como comunidad humana (cp. 2) y a la actividad humana en el mundo (cp. 3). El hombre en sí mismo y el hombre en relación: con los otros hombres y con la realidad creada. Siguiendo este mismo esquema, describe la ayuda que puede prestar la Iglesia a la humanidad. No se inventa un hombre, una sociedad y un mundo, a su manera, para hacerlos después destinatarios de su mensaje. Sale al encuentro del hombre, de la sociedad y del mundo tal como existen en el camino, y con ellos entabla el diálogo. Pero más que “salir al encuentro”, como si ella viniera de otro lugar, habría que decir que toma conciencia de ser caminante y se descubre rodeada de tantos y tantos que van avanzando por el mismo camino. Y, en el camino común, recibe y anuncia que es Dios el que “sale al encuentro”, clarificando la meta y dando al camino sentido. Cuando propone la respuesta de fe, para realizar el encuentro, está convencida de haber descubierto en la salida del hombre y del mundo al camino, el deseo manifiesto u oculto de llegar a algún sitio; la salida es ya añoranza de meta.

En este sentido se clarifica el concepto de **ayuda**. Es una ayuda al “trascendimiento”, no desde la “imposición”, sino desde la “insatisfacción”, que dice relación a realidades consistentes, pero abiertas e incumplidas. Por eso, la dinámica de la exposición conciliar, en la que se describe la ayuda, se desarrolla

entre el “reconocimiento” de las realidades humanas, la “purificación” de sus contradicciones, y su “estimulación” hacia metas insospechadas. Una estimulación basada en la libertad, y, por eso, expuesta a no realizarse; lo mismo que el reconocimiento de las realidades humanas presentes no deja de advertir, con cierta severidad, las contradicciones. Son las constantes alusiones conciliares a la realidad del pecado, cargado también de un fuerte sentido antropológico y social, y, desde ahí, de un sentido teológico.

En los creyentes, la Iglesia es ya un pedazo de humanidad transformada. Los creyentes no son hombres y mujeres venidos desde fuera o huidos desde dentro. No son ni “ad-ventistas” ni “fugitivos”; son peregrinos. Pero no peregrinos solitarios. Con la vida y la palabra van haciendo el camino del encuentro, abriendo desde dentro y por contagio nuevas vidas ganadas para el Reino. Desde ahí la Iglesia se mira hacia dentro y se abre, en el Espíritu, a su cambio y conversión. Hace la propia crítica de sus pecados e infidelidades. Ellos hacen imposible su misión, no sólo porque disminuyan su entusiasmo o aminoren la cantidad de su anuncio, sino porque la “desnaturalizan”, privándola de su comunión redentora con la humanidad a la que pertenece. Con el pecado y la infidelidad de sus hijos pierde ella su condición de signo. Y esa pérdida equivale a su mayor “desnaturalización”.

***(Otro punto importante para el debate: el servicio del anuncio del Evangelio al mundo y el servicio mediante “las obras” que expresan un nuevo estilo de vida evangélica. Las segundas, en cuanto visibles, se convierten en los signos de credibilidad. ¿Qué grado de conciencia acerca de esta credibilidad? ¿Qué tipo de obras/signos creíbles? Cfr. El texto de NMI.***

La actitud de servicio al hombre, que inspira toda Gaudium et Spes, no es simple cuestión de método; ni mucho menos, de estrategia pastoral. Se trata, más bien, de una cuestión de fidelidad. Fiel a su ser dialogal, la Iglesia se sitúa en el corazón mismo de la humanidad para dar con amor y para recibir con sencillez. Es una condición del diálogo tal como lo había expuesto Pablo VI en “Ecclesiam suam”. Se puede discutir si la percepción de la humanidad y de su progreso positivo era excesivamente optimista en tiempos del Concilio. Se puede sospechar que se consideró más la sobreabundancia de la gracia que la abundancia del pecado, pero jamás se podrá decir que se trataba únicamente de una simple y retórica “captatio benevolentiae”.

***(Interesante también para el debate: el entronque del servicio al mundo en la misma identidad y naturaleza de la misión de la Iglesia, y no en el nivel de las estrategias pastorales. Los nuevos despertares religiosos son poco “encarnatorios”. Si la identidad “religiosa” de la Iglesia se define desde ellos, difícilmente podremos entrañar el servicio a la sociedad en la misión “religiosa” de la Iglesia)***

El Concilio fundamentó su actitud en la naturaleza misma de la Iglesia como “sacramento de salvación” y, desde ahí, la vio como “signo e instrumento de la comunión de todos los hombres con Dios de todos los hombres entre sí”. Ahí, en su propia naturaleza soteriológica, encontró la fuerza para “esperar contra toda esperanza”. Miró al hombre de nuestro tiempo no para sorprenderlo

con un “mensaje añadido”, no para pasar tangencialmente sobre su situación histórica. Lo miró y lo amó. De su Maestro había aprendido la Iglesia el arte del encuentro esperanzado. ¿Por qué no esperar que se produjera en el mundo la misma sensación de los desilusionados discípulos de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón cuando, por el camino, nos explicaba las Escrituras?”. Porque la Iglesia explicó su mensaje; no se lo calló; no lo rebajó, no lo redujo, no lo mutiló. Su mensaje sobre el hombre y su dignidad de hijo de Dios, abierto a la trascendencia por naturaleza, y regalado con su cumplimiento, por gracia; sobre la sociedad y su vocación a ser fraternidad universal desde la filiación de todos los que, por vocación, somos hijos y hermanos; sobre la actividad humana, inigualable en su dignidad por ser participación en la obra creadora de Dios.

***(Uniéndolo con la sacramentalidad de la Iglesia, es también interesante este subrayado que vincula el servicio de la Iglesia al mundo con su naturaleza e identidad de “misterio de salvación”)***

## V.- UNA PALABRA SIN ADULACIÓN

La palabra de Gaudium et Spes al mundo no es adulatora. Al contrario, le pone el dedo en la llaga. Eso sí, con una enorme empatía y una clara voluntad de salvación. La Iglesia ni quiere engañar al mundo, ni quiere engañarse a sí misma imaginándose un mundo ingenuamente feliz e ingenuamente dispuesto a acoger el mensaje de salvación que le ofrece como remedio a sus males. Su confianza en el hombre no es ciega. El reconocimiento de sus avances no significa desconocimiento de sus errores ni ausencia de advertencia severa de sus desvíos. La actitud eclesial no es ni de adulación, ni de rechazo. Es una llamada al **discernimiento**: “es deber permanente de la Iglesia **escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos** a la luz del Evangelio, de forma que pueda responder a los permanentes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura, y sobre la mutua relación de ambas, de manera acomodada a cada generación. Es necesario para ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y su frecuente índole dramática” (4).

El complejo panorama del mundo que ya presenta Gaudium et Spes exige poner en juego no sólo la inteligencia, sino aquella **sabiduría** que es el suelo nutricional de la búsqueda y del amor a la verdad. Sólo esta sabiduría puede “humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad... El futuro del mundo corre peligro si no se suscitan hombres expertos en esta sabiduría” (15).

### ***Las antinomias...***

Y es que las antinomias son fuertes y dramáticas:

- ✓ Al poder humano extraordinariamente ampliado corresponde, a veces, la imposibilidad de someterlo al servicio del hombre,
- ✓ Al mayor y más creciente conocimiento de la intimidad personal, una inseguridad interior más profunda,

- ✓ Al descubrimiento de las leyes sociales, la más absoluta desorientación sobre su encauzamiento,
- ✓ Al aumento de la riqueza, la escandalosa extensión del hambre y la miseria,
- ✓ Al sentido de libertad, las nuevas formas de esclavitud social y psicológica,
- ✓ Al sentido de unidad e interdependencia, las agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales... y el permanente peligro de la guerra que amenaza con destruirlo todo,
- ✓ A la facilidad de comunicación de ideas, el despiste en la definición misma de los conceptos,
- ✓ A la búsqueda de un orden temporal más perfecto, la atrofia en la mejora de los espíritus,
- ✓ Al avance científico y técnico, la dificultad de su armonización con valores permanentes y la dureza interior para conocerlos y reconocerlos,
- ✓ Al aumento de la socialización, la dificultad de un adecuado proceso de maduración de la persona y de relaciones auténticamente interpersonales.

(cfr n. 4)

En definitiva, “el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad o el odio” (9). Se trata de la plasmación social del “desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano... Como débil y pecador, con frecuencia hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad” (10). “El hombre se encuentra dividido en sí mismo. Por lo que toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como dramática lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas... El hombre se percibe incapaz de dominear con eficacia, por sí solo, los ataques del mal, hasta el punto de sentirse encadenado” (13).

### **... de una realidad dinámica y evolutiva**

No hay, por tanto, adulación. Sí, una nueva lectura del origen de la situación: “la humanidad pasa de una concepción más bien estática de la realidad a otra **más dinámica y evolutiva**, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis” (5). Más importante que la enumeración de este conjunto de nuevos problemas es el reconocimiento del carácter dinámico y evolutivo de la realidad, frente a la consideración más estática y fixista a la que estábamos acostumbrados. Porque, es verdad, los problemas cambian, y hoy no tenemos, quizás los mismos que en el período conciliar, o han adquirido una forma nueva. Pero el nuevo modo de mirar la realidad debe permanecer, así como la necesidad, imprescindible para la pastoral, de “nuevos análisis y nuevas síntesis”. Hay en esta necesidad una herencia conciliar que no puede desaparecer con el cambio de los tiempos. Los Seminarios que estáis celebrando este año, bajo el título “Los Nuevos Escenarios de la Iglesia en la sociedad española, os están procurando un acercamiento a

esta realidad dinámica y evolutiva. La rapidez de los cambios nos sitúa, sin duda, ante una situación histórica diferente de la del Concilio. Pero en nuestro corazón de creyentes y pastores debe permanecer viva la voluntad de “discernir en los acontecimientos, expectativas y anhelos, de los que (la Iglesia) participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia y de los designios de Dios” (11).

***(Sería interesante ver qué aspectos de las antinomias se han desarrollado más en la situación socio-cultural presente)***

## **VI. LA SEGURIDAD DE LA RESPUESTA Y LA HUMILDAD DE LA PROPUESTA**

Gaudium et Spes no puede ser acusada de ninguna debilidad dubitativa respecto a la respuesta que da a la situación del hombre y de la sociedad. La Iglesia que aparece en la Constitución no es una Iglesia acomplejada o perpleja. Fundada en la revelación de Dios, de la que es portadora, aparece como una Iglesia segura y confiada de su respuesta. Por eso, es consciente de que “no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana, en la que está inserta, que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, iluminándolos con la luz del Evangelio, y poner a disposición del género humano la fuerza salvadora... que ha recibido de su Fundador” (3).

En el contexto de esta consciencia hay que interpretar la confesión sin fisuras que hace el Concilio: “cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado bajo el cielo a los hombres otro nombre en el que el hombre pueda salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma, además, la Iglesia que, bajo la superficie de lo cambiante, hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible y primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestro tiempo” (10).

Dentro de este propósito hay que incluir la estructura pretendida de los tres primeros capítulos de Gaudium et Spes. Los tres terminan fijando la mirada en la entraña misma del mensaje cristiano, como luz que, acompañando el desarrollo de cada una de las cuestiones fundamentales, se proyecta de manera definitiva sobre cada una de ellas:

- ✓ La **dignidad de la persona humana** (cp.1) se aclara definitivamente con la mirada a “Cristo, el hombre nuevo”, porque “en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo manifiesta plenamente el hombre al hombre y le descubre lo sublime de su vocación” (22),
- ✓ La **comunidad humana** (cp.2) mira “hacia el primogénito de entre muchos hermanos, quien constituye, con el don de su Espíritu, una

nueva comunidad fraterna” (32), habiéndose hecho él mismo solidario de la vida social humana,

- ✓ La **actividad humana en el mundo** (cp.3) mira hacia la consumación de los cielos nuevos y la tierra nueva, “cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: ‘reino de verdad y de vida; reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz’” (39).

No es *Gaudium et Spes* un documento inseguro, versátil; ni su condición de Constitución “pastoral” disminuye su fuerza doctrinal. Hay que decir, con más precisión, que es un exponente privilegiado de la “pastoralidad” de la doctrina, cuando ésta no es considerada como un sistema cerrado y arcano, sino como “la verdad que Dios quiso revelarnos para nuestra salvación”, según la feliz expresión de *Dei Verbum*. Digamos que en *Gaudium et Spes* se desarrolla fundamentalmente la dimensión soteriológica de la verdad cristiana, lo que constituye la tarea primordial de toda la acción pastoral. Mediante la acción pastoral no sólo se proclama, sino que se “realiza” la verdad revelada para nuestra salvación. Si la verdad cristiana no es tal hasta que no desarrolla su fuerza salvadora, realizando “in actu” lo que ya posee “in potentia”, la relación con el mundo y con el hombre de cada generación y de cada momento histórico, no es consecuencia, sino parte integrante de la verdad misma. Se trata, por tanto, de una “*veritas salutaris*”. Toda la revelación es “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”. Su fuerza de atracción consiste, pues, en su “virtualidad salvadora”; y su acogida, supuesta la acción de la gracia, va pareja al grado de conciencia que el hombre tenga de las que el Concilio llama las “cuestiones fundamentales”: “¿qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte...? ¿Qué valor tienen las victorias logradas...? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué hay después de la vida temporal?” (10).

“Partir del hombre” no es actitud extraña a la tradición cristiana. El miedo al antropocentrismo es falta de fe en el acto creador de Dios, y revela una inclinación a la superposición de la salvación sobre el plano de lo creado, que es considerado como realidad cerrada a su propia plenificación. “Partir del hombre” no es una simple estrategia pastoral; es expresión de fidelidad al Dios que, en la creación, inicia ya su designio de salvación.

Por eso, la propuesta de la fe entraña una oferta de reconocimiento: reconocer lo que el hombre es y acompañar con empatía lo que va llegando a ser. Y reconocimiento, no impuesto, sino suscitado, de su origen y de su meta como posibilidad amorosa de ser y de llegar constantemente a ser. La propuesta de la fe, entraña de la evangelización, se verá enturbiada si no somos capaces de abrirle al hombre la puerta de su propio misterio.

Con humildad sincera, expresada en autocrítica, reconoce *Gaudium et Spes* que, en las tres grandes cuestiones, objeto de su primera parte: el hombre, la sociedad y el trabajo humano, los mismos cristianos hemos cerrado, en ocasiones, la puerta del misterio, extrañando al hombre de sí mismo y de su historia, para hacerlo sujeto apto de acogida del misterio de Dios:

- ✓ Si la fe en Dios no es antagónica, sino posibilitadora del ser y del constante llegar a ser del hombre, reconoce que, entre las diferentes

causas del humanismo ateo: “se debe contar también la reacción crítica contra las religiones y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo, contra la religión cristiana. Por lo cual, en la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la formación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, así como con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (19)

- ✓ “Defectos en la vida social” que hacen de la ética individualista el enemigo mayor de la construcción de la sociedad como fraternidad universal. Los cristianos no están ausentes entre “quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero, en realidad, viven siempre como si nunca tuvieran cuidado alguno de las necesidades sociales” (30)
- ✓ Si “por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias”... “son de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los mismos cristianos” (36)
- ✓ Si es verdad que de nada le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo, es también verdad que “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación por perfeccionar esta tierra donde crece en cuerpo de la familia humana... Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos de la tierra y de nuestro esfuerzo... volveremos a encontrarlos, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados” (39)

## VII. A MODO DE CONCLUSIÓN

Gaudium et Spes es expresión autorizada de un talante abierto, conscientemente abierto al mundo y al hombre, percibidos en su complejidad y ambivalencia, pero intensamente amados, no como extraños, sino como carne de la propia carne y hueso de los propios huesos. Nos llevó así el Concilio a situarnos, como Iglesia, en nuestro anclaje humano, histórico y mundano. También nosotros somos hombres, historia y mundo. No somos dioses; no somos ángeles; somos hombres en quienes Dios quiere llevar a término su propia obra; y no como privilegio, sino como misión.

La vocación del hombre a serlo desde la plenitud de Dios es universal; pertenece a la atracción de la criatura por su Creador y a la inefable atracción del Creador por su criatura. El misterio de la salvación es manifestación de un Dios Creador que no se desentiende de lo creado. La atracción que la criatura ejerce en el corazón de su Creador lo convierte en el Dios Salvador, “cuyas delicias es estar con los hijos de los hombres”, tanto como para hacerse “Dios con nosotros” y “Dios entre nosotros” en Cristo Jesús. Como espacio de la atracción amorosa que Dios siente por los hombres, la Iglesia no se encarna, más bien reconoce su carne, la carne del mundo al que pertenece y confiesa con fidelidad y anuncia con credibilidad que toda carne es carne de Dios, porque “el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, a todo

hombre” (22); y “de una forma sólo por Dios conocida, ha asociado a todos al misterio pascual” (22), a la carne glorificada del Hijo, primicia de la glorificación de toda carne humana, como destino y como término.

Por eso, “la Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano, cuando reivindica la dignidad de la vocación del hombre, devolviendo la esperanza a quienes ya desesperan de un destino más alto. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, infunde luz, vida y libertad a su progreso. Fuera de él nada puede satisfacer el corazón humano: ‘nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti’” (21) .